

Tacoma, que se amplía ahora en Washington. Ya no habrá insomnios en las casas presidenciales de Centro América, ni desconciertos en la Casa Blanca. La política centroamericana se reducirá, dentro de cada Estado, a mantener contento al Gobierno de Washington.

Esa política se ha venido desarrollando lentamente. No es fenómeno nuevo. Ya está bien definida. *Eso es lo que se entiende en Estados Unidos por Pan-Americanismo.* México no comulga en ese Pan-Americanismo, porque México no está del todo dispuesto a agradar a Norte América antes de agradarse a sí mismo. México ha rechazado de la manera más enérgica toda iniciativa norteamericana para meterse en cuestiones legislativas mexicanas. La sorpresa de Mr. Hughes al saber esto, ha sido patética. Mr. Hughes está acostumbrado a que, en Centro América, se consulte para todo la voluntad de su Departamento de Estado. En Nicaragua, por ejemplo, si la policía comete atropellos, como sucedió en Managua el 2 de agosto de 1920, la queja es ante el Ministro de los Estados Unidos. Se tiene al representante de Washington como la suprema autoridad, y nuestra mala educación cívica latino-americana (madre de las tiranías) de apelar a la autoridad suprema para todo, ha dado a los Estados Unidos la creencia de que no obran mal al aconsejar a un país americano sobre la manera de hacerse éste sus leyes. La política de los partidos centroamericanos viene a ser esto: obtener el apoyo de los norteamericanos cueste lo que cueste, inclusive el honor nacional.

El partido Conservador es, en Nicaragua, el partido en el poder. Está en el poder por voluntad del Gobierno de Washington. Está en el poder con un refuerzo de cien bayonetas yanquis: si sólo esas hubiera no serían temibles, pero representan cien mil bayonetas más cada una, listas todas a destripar, sin el menor escrúpulo de conciencia, a cuanto hijo hayan parido las madres de Nicaragua. El Gobierno actual de Nicaragua es, pues, un gobierno fuerte. No le teme a la oposición.

La oposición está representada por el partido Liberal. El partido Liberal halla malo todo lo que el Gobierno Conservador hace. Por otra parte el partido Liberal no está dispuesto a echarse encima la furia sin nombre de las bayonetas yanquis. Ni siquiera está dispuesto a dedicarse a la lucha estrictamente moral. No. El partido Liberal lo que quiere, aún por encima de mantener el honor de la nación, que parece en el fondo, no importarle nada, es llegar al poder. Contra los norteamericanos no tiene queja seria. Al contrario: Para con ellos el Libera-

lismo nicaragüense lo que tiene es celos de mujercilla. El Liberalismo no desea deshacer los contratos oprobiosos que han firmado los Conservadores. De lo que se duele es de no haberlos firmado él. El Liberalismo protesta, pero no contra que el representante del Departamento de Estado ejerza *de facto* la suprema autoridad en Nicaragua. Al contrario: Son los Liberales quienes más genuflexiones le hacen ahora al Ministro de los Estados Unidos; quienes para todo acuden a él. En las elecciones de 1920 los Liberales llevaron la bandera norteamericana en sus manifestaciones. De lo que protestan los Liberales es de no dárseles la Presidencia de la República, los Ministerios, los Consulados, las mil y una *chambas* que vienen por añadidura cuando se tiene ganado el Reino de los Cielos que es la confianza yanqui.

La actitud del Liberalismo, dicen los Liberales, no puede ser otra. Está muy bien que poetas y soñadores nos prediquen, dicen, oposición al norteamericano. Los melencidos de todas partes aplaudirán. Pero nosotros, aseguran, somos prácticos. Nosotros conocemos de política y ellos sólo de poesía. El camino que llevamos es el único que podemos tomar. «Tú mismo declaras, me han dicho, la inutilidad de oponer nuestra debilidad patente a la fuerza del Norte».

Pero no es cierto que el Liberalismo se vea obligado, sino por su pequeñez espiritual, a superar a los Conservadores en hacerle las botas a Uncle Sam. La obligación del Liberalismo es abrir los ojos y comprender que los Conservadores, ansiosos en un principio de llegar al poder por cualquier medio, se sometieron de lleno a la super-voluntad norteamericana, pero que ya ven su error, y quieren cualquier arreglo que los libre de humillarse más de cuanto se han humillado. Al fin y al cabo, el partido Conservador no carece de tradición patriótica. Al fin y al cabo, los Conservadores han comprendido que gobernar a Nicaragua bajo la tutela yanqui es casi peor que no gobernar. Las cosas han llegado a un climax. El momento es decisivo, de vida o muerte para Nicaragua y de importancia punto menos que vital para toda Centro América. Los Conservadores parecen estar dispuestos a dejar de ser Conservadores y a ser sólo nicaragüenses. A los Liberales les toca, si de veras aman a su patria,

dejar de ser Liberales y ser sólo nicaragüenses también. De ser nicaragüenses es de lo que se habían olvidado todos. Ser nicaragüenses es la oportunidad que tienen ahora ambos partidos. Ser nicaragüenses es lo que más les urge a mis compatriotas. Y con voz de amor y de dolor, angustiado de ver a mi patria sumida en la miseria moral en que se encuentra, herido en el alma de verme obligado a subir escaleras empinadas y a comer pan salado en el destierro, en nombre de lo más sagrado yo pido a Liberales y Conservadores que salvar a la patria sea su mira única aunque los partidos sufran, se hundan, desaparezcan, pues nada tiene quien sólo tiene partido en vez de patria.

Dejen los Liberales de ansiar sobre todas las cosas el poder. Si la influencia yanqui ha de seguir siendo la influencia preeminente en Nicaragua, ya sean Liberales, ya Conservadores quienes lleven títulos de Presidente, de Ministros, de Diputados, de Senadores, no habrá patria. Lo esencial es que haya patria, y para esto hay que abolir esa influencia que nos mancha el honor, que nos ensucia la conciencia, que nos abofetea el rostro, que nos hiere el corazón, que nos agobia el alma. Y para abolir esa influencia, lo preciso es destruir la causa de ella. La causa de ella es la mezquina rivalidad de partidos innobles que para triunfar—para llegar cerquita de la tesorería, para distribuir empleos públicos y gozar de ciertos privilegios—han solicitado descaradamente el apoyo extranjero y lo solicitan todavía.

Yo propongo que la nación entera apoye al Presidente actual, así sea Conservador. No será el mejor presidente que podría tener Nicaragua. Pero sí me parece que, apoyado por la nación, él sabría laborar por el bien del país y no sólo por el bien de los intereses yanquis y del partido que lo mantiene en el poder. Apoyado por la nación entera, rodeado de *nacionalistas*, sin tener que temer a ningún bando de *nicaragüenses*, podría echarse de encima el yugo yanqui. Y sólo así. Y esto es mil veces preferible a que, por degradarse más ante los yanquis, por humillarse más, por ofrecer más, subiese al poder el Liberalismo. Porque si el Liberalismo sube así, los Conservadores a su vez centuplicarían su esfuerzo por ser más agradables a los yanquis. Y cada paso de esta política ciega, egoísta, rastrera, de esta política de partidos degenerados, de esta política vende patria nos llevaría más y más a la nada, al *no ser* como pueblo, a desaparecer sin honor, sin gloria, sin vergüenza.

SALOMÓN DE LA SELVA

Diciembre, 1922.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieren colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.